

Prólogo

Hasta hace apenas unos pocos años —diez o doce, por no ir más lejos— escribir y publicar un libro de aforismos en España era casi una rareza o una extravagancia. Muy pocos escritores se atrevían a explorar el territorio de un género que el lugar común parecía considerar más propio de otras literaturas y otras tradiciones europeas (como la francesa, la italiana o incluso la alemana) y, en consecuencia, el número de libros publicados cada año difícilmente llegaba a una docena. Sin embargo, a lo largo de la última década, y en especial el último lustro, el panorama ha cambiado notablemente y el aforismo parece haber encontrado finalmente un hueco, pequeño pero sólido, en el mercado literario español (y dejo de lado lo que está ocurriendo en otros países, como México, en donde se ha producido un fenómeno muy similar). Son varios los editores que han apostado con fuerza por las formas breves —Trea, La Isla de Siltolá, Cuadernos del Vigía, Libros al Albur, Amargord, PreTextos, por mencionar algunos de los más destacados— y el número de libros publica-

dos cada año supera ya ampliamente la treintena. Bajo estas nuevas circunstancias, dedicar tiempo y esfuerzo a la práctica aforística, parece un ejercicio mucho menos arriesgado, porque, además, a los cauces tradicionales de difusión, como el libro o la revista, se le suman los medios digitales y las redes sociales. El resultado es que los lectores de aforismos (que los hay y conforman una clase muy especial, y muy fiel, de lectores) tiene hoy en día mucho más donde elegir. Sería, sin embargo, ingenuo pensar que la ampliación de la oferta va unida automáticamente a un incremento de la calidad. Más bien al contrario, la facilidad de difusión digital, sin ningún tipo de filtro, y la avidez editorial por beneficiar una nueva veta comercial, podrían acabar produciendo el efecto contrario, aunque, bien mirado, no merezca la pena lamentarse por algo que responde a la lógica del mercado y del campo literario en esta muy particular coyuntura cultural en la que vivimos. Al fin y al cabo siempre ha habido libros buenos y libros malos y le corresponde al lector elegir y juzgar por su cuenta. Es él quien debe decidir si el libro que llega hasta sus manos en la mesa de una librería o que se cuele por la pantalla del ordenador merece realmente la pena. Es su responsabilidad, pero, al mismo tiempo, su oportunidad para la sorpresa y el goce lector. Y precisamente por eso es un placer descubrir, de cuando en cuando, y de manera quizá imprevista, libros que realmente merecen la pena.

Lo que esconde el manglar, primer libro de aforismos de Lucho Aguilar, músico de profesión, es uno de ellos.

El autor, que conoce bien la importancia de las pausas y de los silencios, fundamentales en la música («Toda palabra alcanza su sentido en el silencio», afirma uno de sus textos), cultiva prioritariamente un tipo de aforismo breve, de gran intensidad verbal y semántica, que impacta directamente en la conciencia del lector y perdura en su interior como una leve y sostenida vibración cognitiva que sigue actuando a partir de lo leído. De esta forma, el sentido de sus textos se despliega de golpe, como revelación o deslumbramiento, pero a la vez se prolonga, se amplía y crece en varias oleadas sucesivas (¿será esto lo que llamamos habitualmente profundidad?). Lucho Aguilar trabaja en un primer plano con las contraposiciones y las paradojas que captan de inmediato la atención del lector, pero juega también con la parte invisible del discurso, aquello que está fuera de foco, pero que actúa por detrás. Es decir, las presuposiciones, las implicaciones y los supuestos (el lado oculto del lenguaje) que conforman una densa trama sobre la que nos apoyamos para lograr una comunicación exitosa. Como un experimentado prestidigitador, pone delante de la vista del espectador lo obvio y lo evidente, que puede manifestarse como sorpresa, pero en realidad trabaja también con lo que no se ve, con aque-

llo que permanece oculto. No es este el lugar para abordar la dimensión cognitiva del aforismo y los mecanismos en los que se apoya para impactar en la conciencia del lector —asunto que deberá quedar para otra ocasión— pero la lectura de este libro, cuyos textos resultan especialmente eficaces, nos obliga al menos a mencionarlo de pasada. El autor se revela en este aspecto como un verdadero maestro del aforismo, y sorprende que un primer libro alcance este grado de madurez, inteligencia y lucidez. Seguramente porque Lucho Aguilar tiene muy claro que el aforismo puede ser cualquier cosa menos la constatación de lo obvio, de lo ya sabido («Nada tan irritante como un constataador de obviedades» o «Lugar común: fosa común»), y por eso despliega su sabiduría y su experiencia para ofrecernos una visión inédita de la realidad común (la suya propia, pero también la realidad compartida, la que con-formamos como sociedad). En sus manos, los aforismos se convierten en instrumentos de indagación y sondeo y revelan matices inéditos de nuestro mundo. Cumpliendo con el papel propio del autor (que etimológicamente proviene de *augere*, que significa aumentar, agrandar o mejorar), Lucho Aguilar acrecienta nuestro mundo al ofrecer una mirada —una visión/versión— diferente y nueva. Sea cual sea el asunto que aborde en sus textos —el amor, la vanidad, la autoconciencia, la muerte, la pasión, la política, la escritura, la amistad...— lo hace

desde una perspectiva que nos descentra y nos descoloca, de manera que desde el nuevo lugar en el que nos sitúa la realidad comienza a ser «otra» y a revelar un nuevo rostro. Esta tarea a la que se aboca como escritor no es fácil ni es nueva —a lograrlo aspiran todos los aforistas—, pero en *Lo que esconde el manglar* Lucho Aguilar consigue transmitir una mirada fresca y a la vez profunda. Y lo hace dosificando con habilidad y conocimiento la sorpresa y la reverberación, lo inmediato y lo sucesivo, lo visible y lo oculto, lo superficial y lo profundo, que se funden sin tensión en unos textos perfectamente medidos y precisos como una maquinaria perfecta.

Creo sinceramente que estamos ante un excelente libro de aforismos que merece la atención del lector. Si apuesta por el libro y se sumerge en él con cuidado y pasión, descubrirá lo mucho que su autor tiene que decir (aunque trabaje también con lo no dicho) y saldrá del trance más sabio y más rico en experiencia de vida. Para él será la ganancia. Y para el autor el reconocimiento por un primer libro que se sitúa de partida entre los buenos libros que hay que leer. Acercarse al libro es apostar sobre seguro.

JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ
Universidad de Valladolid, 2020.